follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo, que ántes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios, (y esto que voy á decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas) digo pues que ¿adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿que padre ó que madre se dolerá de ella? ¿quien la dará ayuda? pues aun quando (1) tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿que hará quando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Ó dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacímos, en

(1) Así en la primera edicion y en las demas; pero mejor se diria: *pues si, aun quando*, como se leeria tal vez en el original del autor.

hora menguada nuestros padres nos engendráron: y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dexar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Ó autor celebérrimo! ¡Ó Don Quixote dichoso! ¡Ó Dulcinea famosa! ¡Ó Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno

de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia, que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dixo: por la fe de hombre de bien juro y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? Como ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo, que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas, como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mugeres que andan de casa en

casa á quitar el vello, y á pulir las cejas, y hacer otros menjurges tocantes á mugeres, nosotras las dueñas de mí señora por jamas quisímos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras, habiendo dexado de ser primas: y si por el señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevarán à la sepultura. Yo me pelaria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, si no remediase las vuestras. Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dixo: el retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos, y así de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió Don Quixote: ved, señora, que es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al Reyno de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas á ménos; pero si se va por el ayre y por la linea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dixo que quan-

do la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera, sobre quien llevó el váleroso Piérres robada á la linda Magalona, el qual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el ayre, dexando embobados á quantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba, sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno que el tal caballo, ni

come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo qual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él (1). Á esto dixo Sancho: para

(1) Don Juan Bowle en sus *Anotaciones á Don Quixote: p.* 103, dice que G. Chaucer (el Enio de los poetas ingleses, que murio el año de 1400.) habla de otro caballo muy semejante al Clavileño, solo que era de bronce. Era de Cambuscan, Rey de Tartaria. Volaba como el Clavileño por los ayres, como una aguila, llevaba á Cambuscan adonde queria, y le volvia á su casa sin daño alguno, gobernándose solo por una clavija que tenia en la oreja. Añade el señor Bowle que puede inferirse que así Chaucer, como Cervantes bebieron esta patraña en una misma fuente y que acaso la hallaron en alguna historia arábiga. Pero prescindiendo de si la del poeta ingles es invencion propia ó agena, la de Cervantes está adoptada seguramente de la *Historia de la Linda Magalona, hija del Rey de Napoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza*, impresa en Sevilla año de 1533, en 4. Lo que solo se infiere es la semejanza que se advierte entre estos dos caballos; así como pudiera tambien inferirse la que segun la hablilla antigua tenia con Clavileño en no comer ni dormir la mula de Iñigo Ezquerra, ó el Zurdo, á quien procreó su padre en un espíritu malo en figura de una muger bien parecida, como se lee en nuestros genealogistas. (*Biblioteca Real*: est. K. cod. 12, pag. 16.)

andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los ayres, pero por la tierra yo le cutiré (1) con quantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó, que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y quantos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dixo Sancho, que nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerophonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alexandro, llamado Bucéphalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre

(1) *Cutir:* golpear una cosa con otra, y tambien combatir ó contender con otro.

fué Brilladoro, ni ménos Bayarte, que fué el de Reynáldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Boótes, ni Peritoa (1), como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último Rey de los Godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el Reyno. Yo apostaré, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le quadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en quanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el

(1) Ninguno de los caballos del sol tiene este nombre. Uno de ellos se llama *Pirois*. Esto quiso decir acaso el autor. Peritoo fue el grande amigo de Teseo. *Peritoa* no se sabe que es. Este descuido, ora sea del autor, ora del impresor, no se habia advertido en edicion alguna hasta la presente.

nombre, replicó Sancho, pero? con que freno ó con que xáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los ayres, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apénas puedo tenerme en mi rucio, y sobre un albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin coxin ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie, cada qual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viage, quanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no harémos nada. Aquí del Rey, dixo Sancho, ¿que

¿que tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! aun si dixesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas Don Paralipómenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir, que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañia de la Duquesa mi señora, y podria ser que quando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me la cubra pelo. Con todo eso le habeis de acompañar, si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar, por vuestro inútil temor, tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del Rey, otra vez replicó Sancho,

quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á qualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario Toledano, pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser exemplo de dueñas, que aquí está mi Doña Rodriguez que no me dexará decir otra cosa. Mas que la diga Vuestra Excelencia, dixo Rodriguez: que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos pariéron nuestras madres, como á las otras mugeres, y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para que, y á su misericordia me atengo y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavi-

leño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dixo á esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pages, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varon en varon del mesmo Héctor el Troyano, no dexarán de echarnos un *vos* (1) nuestras

(1) Como si dixeramos un *tu*. De vos se decia tambien *vosear*. Nuestro Ceremonial del tiempo de la casa de Austria era mas entonado, y mucho menos llano que ahora. *Cosa lastimosa es* (decia Don Sebastian de Covarrubias) *que Señores, y aun los que no lo son, tengan delante de sí sus capellanes en pie y desbonetados, y los llamen de* vos (*Tesoro de la Lengua Castellana: V.* Capilla.) Por

señoras, si pensasen por ello ser Reynas. Ó gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor y estas nuestras barbas duran ¡guay de nuestra ventura! Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar á su

---

lo demas el Ceremonial y la etiqueta son convenientes para conservar el decoro y el respeto á los grandes personages. *Quando truxeren la copa al Señor* (dice Don Miguel Yelgo en confirmacion de esto, en su *Estilo de servir á Principes*: cap. 3.) *queriendo beber, haran una reverencia todos los criados que estubieren presentes muy baxa, y la tendran hecha hasta que acaba de beber.... quando traygan la cena, venga con dos hachas delante encendidas.... quando cene el Señor, y pidiere de beber, alce un page una vela, y otro gentilhombre otra, y las tendran en el ayre mientras bebe, y en acabando de beber, haran una reverencia, y levantarán las velas un poquito acia arriba, y las asentarán en la mesa, haciendo una reverencia al compas del baxarlas.... quando el Señor llamare á un page, en entrando por el aposento, donde estubiese, hara una reverencia, y en medio del aposento otra.... y en llegando á que el Señor le dé el recado otra; y en acabandole de dar el recaudo, se pondra derecho, y hara otra reverencia, y se volvera haciendo otra y se irá donde le envia.*

señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quixote, pareciéndole, que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, quando á deshora entráron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dixo: suba sobre